



Última espera de Orlando Ortiz: bosquejo de un derrumbe

Alejandro Arteaga

UNA NOVELA FRAGMENTARIA IMPLICA POR LO REGULAR la participación de un hipotético lector para completar su trama, armar un rompecabezas o hallar entre su pedacería el hilo narrativo que la conduce. En la literatura mexicana del siglo xx podemos encontrar ejemplos notables de esa estrategia, estrategia que algunos emparentan con el lenguaje cinematográfico. Sin duda, *Pedro Páramo* se muestra como el ejemplo prototípico. La trasposición del tiempo, la aparición de distintas voces narrativas y una suerte de engaño parecen reinar sus páginas. La novela de Rulfo supone para nuestra tradición una ruptura: el relato del pasado mediante un lenguaje novedoso.

Una opción nada desdeñable.

Aunque también podemos ver en otros textos el mismo motivo desde un tratamiento distinto. Quizá habría que preguntarse si *Novela como nube* de Gilberto Owen es el ejemplo más exacerbado, el de una exigencia a tope, la desbordada apuesta de una narrativa fragmentaria. O acaso los extraños relatos de *Cartucho* de Nelly Campobello que encuentran luego de su lectura en conjunto la apariencia de una novela completa. Y también *Farabeuf o la crónica de un instante* de Salvador Elizondo, aparecida diez años después de *Pedro Páramo*; quién podría negarlo: algunos de los breves relatos de Elizondo guardan una pulcra concordancia entre sí, quizá bajo el íntimo proyecto de crear una obra de amplias dimensiones que exige un complejo itinerario de lectura, justo como la de Juan José Arreola. En resumen, la opción de una novela fragmentaria, o quizá para mejor llamarla,

una obra narrativa fragmentaria, encuentra ejemplos nada desdeñables en las letras que nos rodean.

Última espera de Orlando Ortiz apuesta por la ya tradicional estructura del fragmento para armar un texto que en su contraportada se sugiere como una novela. Con ese aviso, la empresa de su lectura se transforma en una pesquisa: hallar casi por instinto —con la avidez humana de una estructura mítica— el amparo de una columna narrativa en un principio apuntalada con el relato del Promotor Cultural, quien deambula por distintos escenarios de la patria y sirve así de escaparate para los relatos o viñetas que completan el libro.

Si con el cambio de régimen el Promotor ve corrompida su actividad de burócrata de la cultura en un ambiente en decadencia pero perfectamente aceitado, los relatos que acompañan su viaje mantienen su destino: cambia la forma, el fondo permanece. La variedad y la trama de cada uno de los breves textos hablan de una reunión de historias condicionadas por la misma que limita al Promotor: la violencia del narcotráfico, la violencia sin más, esperanzas e inquietudes vanas, reflexiones de un minuto, la cíclica tentación de la carne, el hambre y la ambición.

Se nos dice con toda claridad y quizá sin alarma: el Promotor Cultural es un tipo de hombre que se extingue, porque también hay especies de seres humanos, como los animales, que declaran su lenta desaparición a manos de un mundo nuevo, el mismo pero desfigurado, idéntico pero irreconocible. Y los relatos que acompañan la historia del promotor, además de poseer un cometido autónomo, sirven para construir el ambiente de un derrumbe continuo.

Plétora de historias. Un policía que lamenta contribuir a la desaparición una mujer bellísima; el hombre que mira desde una ventana el abandono de una mesa repleta y humeante de una familia abducida, como el

Orlando Ortiz
Última espera
México, UAM
(Molinos de Viento)
2011, 169 pp.



comedor de un barco que pronto habrá de hundirse; la confusión entre los despojos de un perro muerto en un basurero y la incorporación de un cuerpo encobijado; el hombre “piñata” colgado de un puente para escarmiento de todos; la congoja de todo un pueblo por la inesperada muerte de “la muerte”; cadáveres que se vuelven diamantes y provocan una ambición desmedida; las cándidas esperanzas del padre de un escritor perfecto; el hombre que para acabar con una plaga de ratas prende fuego a todas sus pertenencias y a él mismo; el oscuro túnel de una oficina de retiro voluntario y un hombre en el umbral; la historia circular de una anciana que se prostituye. Y finalmente, la larga espera del Promotor Cultural, ya sin esperanza, en el humilde aeropuerto de una pequeña ciudad en la que nadie lo espera y donde lo han olvidado a su suerte.

Última espera se presenta como el retrato múltiple de un tiempo indeterminado. A pesar de presentarse como una novela, llamarlo así parece desmerecer una apuesta distinta, describirlo como libro de relatos tampoco deja satisfecho al lector probable, convencernos de que se trata de un texto narrativo alejado de ciertas convenciones para establecer su apuesta, y que con ello se acerca y se aleja con la misma devoción de un anclaje definitivo, nos sacará de una discusión inútil y nos introducirá mejor y sin prejuicios en sus minuciosas páginas. ▀